

LA SOCIEDAD LÍQUIDA

Uno de los cometidos que guarda para sí la ciencia y el pensamiento social es el de ofrecer una imagen lo más acabada posible de las tendencias que surcan y definen el tiempo en el que vive. Se trata de una de las maneras de reconciliarse con él y comprender las luces y las sombras que esconde en su interior. Hijo de una modernidad deudora de la idea de cambio, transformación, revolución y sinónimos, el conocimiento social afronta la tarea de escudriñar el confuso y abigarrado contexto de convivencia contemporáneo hasta encontrar ciertas claves que explican sus líneas de fuerza y sus inercias. De algún modo, trataría de poner verbo a los silencios y exponer las causas ocultas del hecho social con el objeto de obtener y proyectar una radiografía de lo que pasa a los actores en sus tramas de relaciones.

Una de las afirmaciones que jalonan la reflexión social desde los inicios de la modernidad es que ésta viene definida, frente a la sociedad del Antiguo Régimen, por su tendencia al cambio y al dinamismo en todas las esferas de la convivencia. Tal vez este rasgo ofrezca la singularidad más destacada del nuevo tiempo que, por lo mismo, no envejece y siempre renueva su rostro. Sus constantes mutaciones en forma de avances, desarrollos y progresos fomentan una idea de perfectibilidad histórica que alentó la acción y la esperanza de una humanidad futura transida de justicia y bienestar.

Dos eran los ejes que daban forma a esa propuesta social. Por un lado, tras el dinamismo social e histórico se encontraba la gestión de los actores sociales orientando el curso de los acontecimientos. El lugar del Sumo Hacedor fue ocupado por un hombre que, como *el Fausto* de Goethe, creyó tener a su disposición la llave del conocimiento plenipotenciario del mundo, la ciencia. A su través eliminaba la contingencia inherente al devenir histórico que, ya sin la voluntad divina, proporcionaba las condiciones para la intervención del hombre en la experiencia. Por otro, la historia gozaba de un determinismo que impedía parones en el tiempo o movimientos regresivos hacia modelos de vida desfasados y sobrepasados por el incontenible “motor de la historia”. El futuro y el progreso tiraban de un tiempo continuo, lineal y acumulativo que impedía miradas hacia atrás y permitía a la época encontrar sentido y razón en los desarrollos de la aventura humana a lo largo de la historia.

A día de hoy ese escenario de certezas y previsiones se ha diluido. El ritmo de las actividades e intercambio sociales se ha acelerado. Las cosas ocurren en *tiempo real* producto de las prestaciones digitales de las nuevas tecnologías. Cada instante es testigo de un ingente cruce de comunicaciones y conexiones que hacen imprevisible los efectos resultantes de los mismos. El tiempo continuo ha saltado en mil pedazos. Las rupturas y las fisuras se intercalan entre los sucesos sociales haciendo imposible un proyecto a largo plazo. Todo se inicia de manera ininterrumpida sin atisbar continuidad con el pasado inmediato ni con el futuro postrer. El actor contemporáneo habita el fino límite del abismo porque del pasado no se pueden prever ni advertir acontecimientos venideros. Las cosas no paran de comenzar. El futuro ya no existe.

Por otra parte, en el barullo tecnológico que se cierne sobre nuestras vidas los acontecimientos cursan sin responder claramente a una voluntad humana. No se atisban dibujos, planes y proyectos tras la factura caótica y repentina de los asuntos sociales. Tal vez no hay nadie, tal vez no hay nada, tal vez sea imposible atribuir el estado de las cosas a una subjetividad concreta. La incertidumbre deviene angustia cuando la crecida del caos no deja margen de respuesta ni de identificación de sus responsables. En el contexto globalizado tecnológicamente interconectado la avalancha de acontecimientos sin paternidad conocida infunde extrañeza a la vida social.

Este escenario invita a una reflexión serena acerca de los cambios acaecidos en los últimos años en una sociedad que ha mutado el tono vital, se ha descubierto carente de certezas básicas y acomete la tarea de reinventarse a cada instante. Por ello, urge meditar sobre las tendencias, peligros y virtudes que atesoran. A ello, de manera genérica, se dedican las diversas aportaciones de este monográfico.

Luis Enrique Alonso y Carlos J. Fernández inciden críticamente en las posibilidades sociológicas aún implícitas de la narrativa del consumo líquido de Z. Bauman, hoy por hoy todavía planteadas únicamente, según ellos, como una interesante interpretación moral del fenómeno del consumo. Gèrard Imbert, en su trabajo, proporciona una interesante vinculación entre lo líquido y el discurso de la hipervisibilidad propio de la neotelevisión. Celso Sánchez Capdequí, de manera muy poco satisfecha, en una suerte de epistemología de la licuefacción, explicita la contradicción y el desfase entre las inercias mercantiles del conocimiento y la posibilidad de mantener algún tipo de anuncio ético en el saber y en la ciencia. Javier Gil Navarro aprovecha la sintomática de lo líquido para proporcionar una interpretación sociológica al suicidio contemporáneo. Daniel H. Cabrera nos anuncia, desde la metáfora de los límites, de las fronteras, hoy más que nunca desplazables, cómo en el imaginario colectivo que anima las sociedades de América latina podría cobrar un nuevo sentido la licuefacción de la modernidad occidental que relata Bauman. José María Pérez-Agote, por su parte, en su trabajo se interroga sobre los nuevos escenarios a los que lleva el cambio social, en su

proceso de licuefacción, con respecto a los procesos de socialización, educativos y de construcción y reconstrucción de la identidad. Joaquín Esteban, incidiendo en una temática afín, se plantea el carácter ambivalente del fenómeno líquido de la desformalización educativa en centros y museos de arte contemporáneo.

El germen del presente número se encuentra en el ciclo de conferencias sobre *La sociedad líquida* organizado por el Seminario de Sociedad y Cultura Contemporáneas (SEMSOCU) de la Universidad Europea Miguel de Cervantes y el Instituto Superior de Filosofía en la sede de este último en el mes de mayo de 2007. No debemos dejar de hacer constar la gratitud a la disposición intelectual y a la generosidad de los intervinientes y a la fructífera interacción que generó el correspondiente debate con los asistentes, inserto, sin duda, en nuestra necesidad de comprender mejor nuestro vertiginoso presente.

CELSO SÁNCHEZ CAPDEQUÍ
JOAQUÍN ESTEBAN ORTEGA